

LA BANDERA REGIONAL

SEMANARIO TRADICIONALISTA

ADMINISTRACIÓN:

Calle de Aragón, núm. 252 - (Junto á la Rambla de Cataluña)
DESPACHO: De 9 á 12 y de 3 á 7

SUSCRIPCIÓN:

Un año. . . . 6 Ptas. ♦ Seis meses. . . . 3 Ptas.
Cada número, 10 céntimos

Tip. Lit. Fiol y C.ª - Pasaje San Jose

LO DE BARCELONA



—Salid del convento, que vamos á incendiario.
—¿Así pagais los beneficios que prodigamos á vuestros hijos?

AVISO

El próximo número será extraordinario, á fin de indemnizar en lo posible á nuestros suscriptores por no haber recibido el número correspondiente al 31 de Julio último á causa de los sucesos de Barcelona.

Don Jaime de Borbón.

Magnífico fotocromo á nueve colores,
tamaño 52 X 65
muy propio para Círculos
y Juventudes.

Se pondrá á la venta, probablemente, el día 20, al precio de 1,50 pesetas ejemplar.

Mandando, además del importe, 25 céntimos, se manda certificado.

PAGO ADELANTADO

CRÓNICA

La semana trágica.

El lunes, día 26 de julio, empezó la huelga general, repercutiendo en casi todas las poblaciones fabriles de Cataluña, especialmente en las provincias de Barcelona y Gerona. Esto prueba que la huelga venía preparándose desde días, como lo atestigua la nube de agitadores que cayó sobre los diferentes centros fabriles durante la semana anterior á los sucesos.

El pretexto fué la guerra de Melilla, motivo que supieron explotar á maravilla los revolucionarios. Por esto el paro fué rápido y total.

Fué una semana horrible, cuyo recuerdo quedará grabado en nuestra mente con colores de sangre y fuego: incendios, asesinatos, sacrilegios, profanación de cadáveres; de todo.

Los conventos é iglesias de Barcelona quemados suman 49, sin contar los conatos de incendio, que fueron muchos. Esto dará idea de lo que fueron aquellos días tristes.

En la imposibilidad de reseñar tan trágicos sucesos, sólo haremos constar aquí algunos detalles, ya relatados por la Prensa local. No podemos hacer otra cosa.

A medida que la censura lo permita iremos hablando nosotros; porque, efectivamente, hay mucho de que hablar; lo mismo del furor anticlerical y antipatriota de las kabilas, que de la cobardía y acoquinamiento de los católicos.

— Después de los incendios de los conventos venían los saqueos, ó todo á la vez. No quedaban ni los grifos de los lavabos. En el de la calle de Roger de Flor y en el de las Beatas la fuerza pública sorprendió á los ladrones matando á seis é hiriendo á muchos.

— Al asaltar las turbas el convento de Capuchinos de la calle de Santaló mataron al P. Ramón, que era el superior de la Casa.

— En el convento de Padres Misioneros las turbas hirieron á un Padre, atravesándole el brazo, y el Padre Vergés recibió un balazo que le entró por debajo de la oreja y le salió por el ojo. Se halla en un clínica y afortunadamente, está mejor.

— En el Pueblo Nuevo, al comenzar el incendio, el Párroco y un vicario se refugiaron en un sótano. Allí se confesaron el uno al otro y esperaban la muerte, pues las turbas estaban contenidas solamente por el temor de que desde los sótanos pudieran hacerles una descarga. El humo penetró donde no penetraron los sicarios y falleció el Rdo. Párroco. El vicario resistió por más tiempo y pudo salvarse.

Se salvó milagrosamente otro vicario del Pueblo Nuevo, Rdo. D. Pedro Alborná. Se encontraba en su domicilio y subió al terrado, tocando á fuego con un silbato.

Lo advirtieron las turbas y se dirigieron en su persecución, pero afortunadamente el sacerdote tuvo tiempo de bajar antes al piso.

Instantes después de haber entrado en él subieron por la escalera las turbas armadas con cuchillos y armas de fuego. Llamaron á la puerta de la residencia del vicario y pidieron la llave del terrado para matar al cura que tocaba á fuego y les fué entregada.

Al llegar al terrado, como los asaltantes no vieron á nadie, creyeron que el vicario había escapado saltando terrados, por lo que se retiraron después de devolver la llave.

— En la parroquia de San Juan, de Gracia, las turbas sorprendieron á un vicario y á un dependiente de la casa rectoral. Despojaron al primero de los hábitos sacerdotales y les retuvieron á ambos en la plaza para que presenciaran el incendio.

— En la iglesia de San Felipe Neri, de Gracia, las turbas fueron rechazadas el martes por dos veces.

El miércoles se repitió el ataque, y como había disminuído el número de los defensores, penetraron en el templo, incendiándolo.

— En la barriada del Pueblo Seco las turbas incendiaron el Centro Católico de Santa Madrona, una tienda de carpintería propiedad del presidente de la Caridad Cristiana del barrio y un piso residencia de un reverendo sacerdote.

— Durante la madrugada del 28 de julio intentaron los revoltosos pegar fuego á la residencia de Padres Capuchinos de la Gran Vía Diagonal, pero fueron rechazados. También lo fueron en otros conventos y gracias á esto se salvaron.

— La iglesia de Hostafranchs fué defendida de los ataques de las turbas por varios individuos de una Sociedad tradicionalista.

— El martes fue incendiado el convento de Hermanitas de la Asunción, de la calle de Tapiolas. Sabido es que aquellas Religiosas se dedican exclusivamente á cuidar las personas enfermas de familias obreras y que entre el proletariado gozaban de gran popularidad.

— El hermano Lycarión, Superior de los Maristas del Pueblo Nuevo, cuyo convento fué también pasto de las llamas, fué vilmente asesinado por las turbas, después de haberles asegurado, á él y á los demás hermanos, la vida si abandonaban su residencia. Su cuerpo presentaba señales de tres balazos y cuatro puñaladas.

— Uno de los edificios incendiados por las turbas fué la Sala de Asilo de la calle de Aldana, á cargo de las Hijas de San Vicente de Paúl, que cuidan, alimentan y educan durante el día á niños de tres á siete años, para que sus padres puedan dedicarse al trabajo.

Al presentarse los incendiarios salió una Hermana y se enteró de sus propósitos. Como reconociera á un obrero, padre de algunas criaturas acogidas en el Asilo, le dijo: ¿Y V. también?

Momentos después ardía el edificio, hogar de centenares de niños pobres.

— Consignamos el siguiente hecho, que por ser fidedigno y constituir un acto de humanidad bien contrario á los instintos desarrollados por las turbas vandálicas, es conveniente hacer público.

La víspera de ser asaltado é incendiado el convento de las Adoratrices, sito en la calle de Muntaner, en donde existían 84 muchachas recogidas y separadas del vicio, al cuidado de 60 Madres, la superiora fué advertida por el vecindario del peligro que corría y les brindó con facilitarles la huida por medio de unas escaleras.

Cuando al día siguiente las llamas invadían la puerta principal del edificio, se pusieron á salvo las recogidas y las Madres, excepto cuatro de éstas, la Superiora y la Hermana portera.

Cuando los sediciosos realizaban su vandálico propósito, penetraron dos de ellos en el interior, á tiempo que llegaron cuatro guardias civiles al mando de un oficial.

La Superiora, alma noble y generosa, hizo comprender á la fuerza pública que aquellos dos hombres eran unos vecinos que se habían presentado en auxilio de las Madres y para sofocar el fuego, y aprovechando un momento, la buena de la Superiora les facilitó algún dinero y les dió vino por su noble proceder y les proporcionó la huida.

La propia Superiora, disfrazada, se presentó en la Capitanía general, consiguiendo ver á la esposa del Capitán general y que mandara fuerza al convento, donde contenían á los sediciosos los cuatro guardias y el oficial, pudiéndose, al llegar el refuerzo, poner en dispersión á las turbas, con lo que se pudo salvar de las llamas el altar mayor y casi todas las capillas interiores.

De las 84 recogidas, voluntariamente han vuelto al convento 72 y las restantes se tiene noticia que también lo harán en cuanto se repongan del susto recibido.

— Por la autoridad militar han sido suspendidos los diarios locales *El Progreso* y *El Poble Catalá* y los semanarios *Tierra y Libertad*, *El Descamisado*, *La Rebelión* y *Metralla*.

— En Igualada, Capellades, Vich, Manlleu y Sarriá, — Durante los pasados sucesos fué un espectáculo por demás doloroso en nuestra ciudad ver de 5 á 6,000 niños, arrojados violentamente de los Asilos donde se les daba alimento y enseñanza, vagar por las calles, asustados, llorosos, implorando la caridad de las almas nobles. Los vecinos, aun á riesgo de perecer, salían á la calle y los recogían y los repartían entre las casas, disputándose el cuidarlos y agasajarlos.

— En muchas poblaciones de la provincia han tenido lugar disturbios más ó menos graves, los cuales no podemos reseñar por falta de espacio y porque en todas partes han tenido el mismo ó parecido carácter: anticlerical y antiespañol.

Vamos sólo á apuntar algo de lo pasado en las cuatro siguientes poblaciones, que, por ser centros fabriles, ha tenido más resonancia:

Mataró.—El aspecto de Mataró era en extremo alarmante.

Se distribuyeron los huelguistas el remanente de lo recaudado para la fiesta mayor, no celebrada, y el producto de una suscripción iniciada á aquel efecto.

La Junta nombrada por los revoltosos estuvo insta-

lada en la Casa Consistorial y disponía del sello de la Alcaldía.

Como detalle curioso transmitimos una comunicación dirigida por el Comité revolucionario al Rdo. Cura Párroco. Dice así: «Muy señor nuestro: El Comité de la Junta revolucionaria constitucional, encargado de mantener el orden en las presentes circunstancias, considerando que el establecimiento que usted dirige no es de artículos de primera necesidad, ha resuelto que lo tenga cerrado mañana y en los días sucesivos.»

En Mataró quisieron los huelguistas apoderarse de las armas existentes en la Zona militar, pero los militares se defendieron á tiros.

También hicieron un llamamiento al somatén, y á los que se presentaron, en número de ocho ó diez, les tomaron las armas y las inutilizaron.

Manresa.—El día 29 se inició en esta ciudad un movimiento revolucionario titulado de protesta. A las diez de la mañana algunos grupos se dirigieron á las fábricas, consiguiendo el cierre de ellas, y con algunos incidentes de escasa importancia transcurrió el día hasta las cinco de la tarde, en que los revoltosos se dirigieron á los fieltos de consumos, prendiéndoles fuego. Desde allí marcharon á los conventos de San Francisco y de Capuchinas, que también incendiaron. Según se dice, intentaron asimismo ir á las Reparadoras y á la Cueva y atacaron la Casa de la Ciudad; pero los vecinos, convenientemente armados, se opusieron á este ataque, y los sediciosos, escarmentados, cesaron en sus fechorías, renunciando á sus planes contra las Reparadoras y la Cueva.

Visto el mal cariz que los acontecimientos tomaban, el alcalde, señor Gomis, reunió al Ayuntamiento y á gran número de vecinos, sin distinción de partidos, y habiendo obtenido que se le entregaran las armas y municiones existentes en casa de unos armeros, las entregó á los vecinos honrados para la defensa de sus casas ó establecimientos.

Durante toda la noche se había tocado á somatén y con la presencia de ánimo y serenidad de todos pudo dominarse el conflicto.

Hay que deplorar la muerte de un individuo del somatén, llamado Joaquín Cardona, que, arrollado por un grupo de revoltosos, fué asesinado con su misma arma en la plaza de Santo Domingo.

En los encuentros habidos resultaron un muerto y tres heridos entre los revolucionarios.

Se han hecho varias detenciones de los principales promovedores del conflicto. El lunes se reanudó el trabajo en fábricas y talleres.

Granollers.—El día 27 de julio varios obreros visitaron las fábricas con objeto de lograr un paro general, lo que alcanzaron sin resistencia. Poco después la multitud se dirigió á la Casa Consistorial y, desde el balcón de la misma, un obrero arengó á aquella, diciendo que el paro sólo duraría 24 horas y recomendó á los reunidos que evitaran violencias.

Los huelguistas, á pretexto de que no pasaran tropas por la vía férrea, arrancaron algunos rieles en la estación de Francia y cortaron los alambres del telégrafo y del teléfono. Por esta causa quedó detenido en la estación de aquella villa el tren-correo procedente de Francia. De la correspondencia se hizo cargo el director de correos de Granollers.

En la estación de la línea de San Juan de las Abadesas los revoltosos incendiaron casillas de guarda-agujas, levantaron rieles en una extensión considerable y rompieron varios postes del telégrafo y el aparato telegráfico de la estación.

Por la tarde las turbas incendiaron el convento y la iglesia, ambos de reciente construcción, de los PP. Menores conventuales italianos.

El somatén de Mollet impidió que fuese incendiado el convento de las religiosas francesas, que defendió á tiros dicho somatén.

A la una de la mañana del día 30 se oyeron disparos de arma de fuego en las afueras de Granollers y gritos desaforados. Las turbas decían que iban á caza de unos frailes y resultó que se trataba de unos niños asilados que huían del convento en donde se albergaban. Al verse atacados se postraron llorando á los pies de sus perseguidores. Algunos de ellos tenían los pies llenos de ampollas, pues, según dijeron, hacía tres días que huían, pasando las noches escondidos en los bosques. Fué herido de un balazo en la cabeza un religioso, lego al parecer.

Sabadell.—Esta ciudad parecía ser la escogida como centro de un complot anarquista, ya que en los sucesos han concurrido como principales factores grupos de forasteros que invadieron la ciudad con fines que se iban evidenciando á cada momento. Seis días que han parecido eternos ha durado ese estado de excitación y alarma que no habían presenciado los habitantes de Sabadell. Como consecuencia, la iglesia parroquial de San Félix, arruinada por la tea incendiaria, nos muestra bajo sus ahumadas bóvedas en montones de cenizas lo que resta de su pasada grandeza. La contigua casa rectoral con sus humeantes ruinas completa la desolación del cuadro.

La Casa Consistorial, víctima también de la tea incendiaria, ha sufrido, como los contiguos edificios de los Juzgados, grandes é incalculables desperfectos y destrozos, bañados con la sangre inocente de los que, en plena indefensión, fueron vilmente sacrificados. Las oficinas del Registro Civil, completamente destruidas por el incendio, así como las dependencias y archivos de los Juzgados, no contienen documento alguno, convertidos todos en ceniza. En las oficinas municipales ha quedado destruída por completo toda la documenta-

Sociales.

La lucha de clases.

Prometimos en un pasado número hacer algunas consideraciones acerca de este asunto, y es el caso que las reducimos en una solamente: en que la lucha de clases es consecuencia natural y legítima de una premisa que se sienta como verdadera: poner una valla, á ser posible en todo, entre el patrono y el obrero.

Porque nos decimos á nosotros mismos: es verdad que esta cuestión, como todas las sociales, es muy compleja, tanto por entrañar otra de moral como por concurrir bastantes elementos y por varios conceptos; pero no es menos cierto que en la práctica cuál causa influye más en el mal social es la que acabamos de señalar.

Podrá ser que los gobiernos tengan en esto, por su incuria, el tanto de culpa; será que la imprenta habrá hecho sus estragos en la inteligencia y corazón de los hombres; que los patronos exploten; que los obreros exijan; que las máquinas habrán sido la causa del pauperismo; que las clases acomodadas de la sociedad provoquen con su lujo y disipación; el individualismo... et-cétera.

Todo ello será mucha verdad, ó tal vez toda; pero, excepto lo de los gobiernos y lo de la imprenta, lo primero porque todos los hombres sociales reconocen que la salvación está en nosotros, lo segundo porque si bien la imprenta ha contribuido de un modo especial á los estragos que anotamos, con todo han sido éstos y serán siempre patrimonio del humano linaje, es bien notorio á nuestros lectores que lo demás hace referencia directa al patrono y al obrero. Las máquinas, causa del pauperismo, es lo único que podría objetarse, mas no con razón; porque los progresos de la industria desde luego que han de admitirse, y las más de las veces no nacerá el conflicto por culpa de las máquinas, que fábricas modelo no faltan, gracias á Dios, en medio de este caos social, sino por la voluntad despótica del patrono, ó despótica ó justamente indignada del obrero. En todas las cosas lo dañoso no es el uso, sino el abuso.

Hete aquí, pues, de nuestro asombro, que no nos salimos nunca de la misma cantinela: el patrono y el obrero que se combaten; el patrono y el obrero que á todo trance conviene hermanar; que de lo contrario la paz social será una palabra que no pasará á ser realidad.

Por esto no llegamos á comprender y nos parece increíble que pueda haber personas que aboguen sinceramente por sindicatos simples, barrios obreros, et-cétera.

Dicen que hay que vivir de la realidad y que las circunstancias así lo exigen; endebles y apocadas razones en las que ni ellos han de creer.

Otro día lo dijimos: «¡Pobre sociología cristiana si tiene que mirar imposiciones y exigencias más que las necesidades de los tiempos!» Y las necesidades de hoy día reclaman la acción, el trabajo y el sacrificio acrisolado, no la inacción y la pereza, que nos llevan á llorar como mujeres á la vista de lo poco que hemos hecho y de lo mucho que nos hemos desalentado.

¿Creerán estas personas en las razones que aducen?

Quien admita sindicatos simples, de obreros ó de patronos exclusivamente, separados, lega el espíritu de la Revolución, que más que con las palabras proclamó con los hechos un divorcio entre el patrono y el obrero, aboliendo las sin par instituciones gremiales.

Entretanto rechaza los gremios, pretende, sin quererlo, fomentar la discordia y protege á este nuevo ser llamado monopolizador.

Rechaza los gremios, porque ni siquiera lega su espíritu. Patronos y obreros se ayudaban, se completaban, satisfacían más á la perfección sus necesidades; era el gremio un organismo con personalidad jurídica tan necesario, que completaba á la familia; era una extensión social de la familia. Los sindicatos simples...

Pretende, sin quererlo, fomentar la discordia. Cuanto más sean las distancias, tanto más habrá antipatía y nacerá el conflicto. Si no se quieren, ni tan sólo se conocen, ¿cómo no ha de venir? Trátese de quien se trate, aunque sean personas católicas, la separación abona la lucha, conforme al refrán: «la ocasión hace al ladrón».

Protege al monopolizador, porque si el gremio lo abolía, el sindicato simple lo admite. De una parte el sindicato obrero, de la otra el sindicato patronal, y el patrono, en términos generales, es el monopolizador, no el maestro de antaño.

Y ¿qué diremos de los barrios obreros?

Muy bien que se trate de habitaciones baratas, viviendas obreras, etc; pero llegaría al paroxismo de aquel principio antisocial «divide y vencerás» quien tal cosa defendiera, porque no se contentaría con hacer manifiesta la incompatibilidad de intereses, sino que de hecho quisiera aislar al obrero del patrono, infundiéndole al primero horror y aborrecimiento á todo cuanto sepa á lujo y riqueza, y al segundo repugnancia á ver la miseria y en descender hasta el pueblo.

Con tales teorías ¿cómo se predicará la caridad, el amor y la paz social?

MARIO.

F. X. M.

ción existente en la Secretaría municipal, en la Contaduría, en las oficinas de Seguridad y Vigilancia y en alguna otra. Se han salvado del incendio y devastación el salón del segundo piso que contiene el Archivo municipal.

En la tarde del sábado, cuando las tres campanadas de la torre de San Félix anunciaron la llegada de fuerzas del ejército y la bandera blanca ondeó en el campanario, ensancháronse los pechos y la alegría inundó los corazones, sedientos de paz y tranquilidad, perturbada por los revolucionarios, amos de la ciudad durante cinco días.

El general Bonet tomó acertadas medidas para garantizar el orden, logrando rendir á los revoltosos á los pocos momentos de su llegada.

Epístola notable.

A mis queridos amigos los ilustres kabileños de la ilustre Barcelona; salud y dicha os deseo. Yo, santón de Messian, célebre en todo Marruecos, estas letras os escribo con mahometano afecto. Alá os bendiga clemente, Alá anime vuestro esfuerzo, Alá impulse vuestro brazo, Alá sea vuestro aliento. Hasta mí llegado han, ¡oh famosos kabileños! vuestras sangrientas hazañas, vuestras proezas sin cuento, vuestra historia sanguinaria y crueldad sin ejemplo. Dignos sois, no hay quien lo dude, de vuestro origen rifeño; el Africa está orgullosa, el Rif está satisfecho viendo no ha degenerado la raza de los desiertos. Sabed, correligionarios, que, con denodado empeño, vuestros hermanos del Africa, tenaces, valientes, fieros, renuevan llenos de saña el largo y antiguo duelo que la Cruz y Media Luna sostuvieron otro tiempo. Conociendo vuestra fama, conociendo vuestros hechos de estos últimos días y vuestro ardoroso anhelo, por las presentes os mando, por las presentes os ruego vengáis inmediatamente á ayudar á vuestro pueblo, y si el calor os asusta, si para venir no hay medio, si habéis de quedar por fuerza á ese lado del Estrecho, en nombre de Alá clemente os mando, os ruego, os increpo, destruyáis á los cristianos sin compasión y sin miedo. Y así, si acaso vencemos, de Muza y Tarik las huellas seguiremos con denuedo y vuestro kaid insigne será Califa supremo.

MESSIAN BEN LERROUFEN.

Por la copia,

P. S. Egusquiza.

RÁPIDAS

LA UNIÓN ES LA FUERZA

La semana trágica de Barcelona nos ha dejado escritas con sangre páginas irrefutables que no debemos olvidar.

En primer lugar aparece como hecho indiscutible que Barcelona es la ciudad más revolucionaria de España y que los revolucionarios catalanes son, ante todo y sobre todo, enemigos crueles y bárbaros de cuanto á religiosidad trasciende.

Nos enseña también la semana trágica, y eso lo hemos visto entre el humo y los rojizos resplandores del incendio de 49 iglesias, que los católicos de Barcelona, á excepción de los tradicionalistas y pocos más, no tienen vocación ni de confesores ni de mártires, y esta es la nota más triste para el porvenir de esta gran ciudad.

Cien veces nos hemos enorgullecido de nuestras nu-

merosas manifestaciones católicas y hasta creímos al verlas que seríamos capaces, si llegaba el día de prueba, de rechazar todas las fuerzas del infierno.

Pero no ha sido así, desgraciadamente. El infierno soltó sus secuaces sobre esta querida ciudad, y como si estuviesen en un país conquistado, sin enemigos que temer, incendiaron templos, robaron sus riquezas, destruyeron obras artísticas, mataron sacerdotes, profanaron sepulcros y no se apoderaron completamente de la ciudad porque les salió al paso la fuerza pública. Sin este auxilio, Barcelona sería hoy montón de ruinas y cadáveres.

Esto no tiene réplica porque es evidente; no necesita demostración porque es un hecho consumado; no admite excusa de los católicos que faltaron á sus deberes porque la inmensa mayoría ha presenciado los horribles espectáculos de la semana trágica llorando como mujeres por no resolverse á luchar como hombres.

Pues ojalá no sean proféticas nuestras palabras. Si los católicos, apostólicos, romanos, y cuantos hombres tienen algo que perder, no se unen y organizan en apretado haz — y esta sería la verdadera y provechosa unión y no la que ansían los reconocementeros — para rechazar embestidas de la demagogia brutal, anárquica y atea, Barcelona se verá arruinada en plazo no lejano por el incendio y el saqueo, y la noble fama que había adquirido por su laboriosidad y cultura pasará á las páginas de la historia entre horrores inenarrables, como han pasado los pueblos que no supieron defender sus intereses morales y materiales de las rapacidades vandálicas.

Aunque no tuvieran otras demostraciones, los actos de barbarie de los vándalos modernos acreditan que la unión es la fuerza.

¿Será posible que puedan unirse los hijos de las tinieblas y no sepan hacer lo mismo los hijos de la luz?

Protesta.

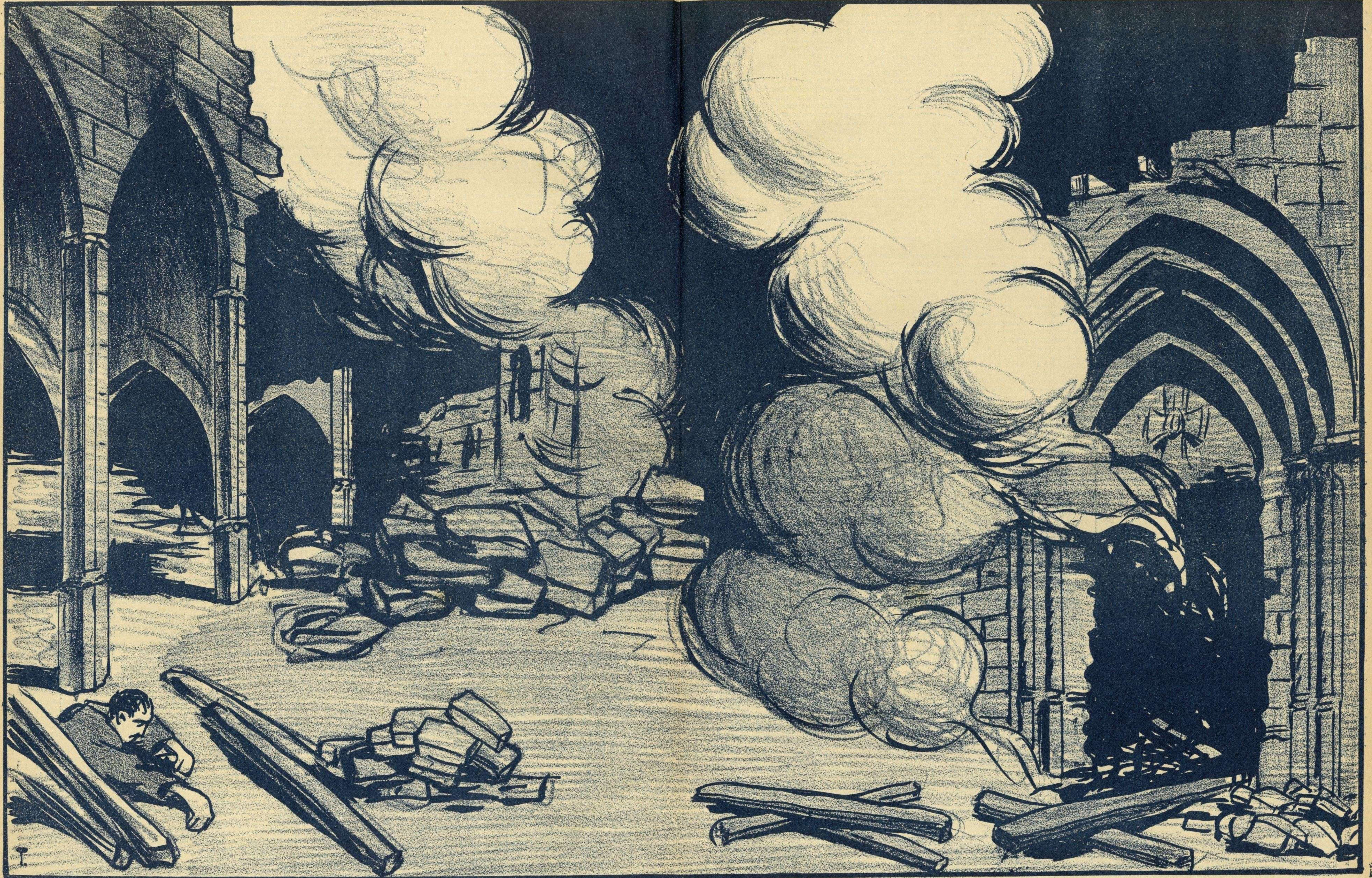
Una comisión de señoras nos ruega la inserción de las siguientes líneas:

«Las que suscriben, en nombre propio y en representación de las mujeres católicas de todas las clases sociales de Barcelona, protestan enérgicamente y con la mayor indignación contra los salvajes é incalificables atropellos de que ha sido víctima esta desventurada ciudad y hacen público su amor inquebrantable á la Religión sacrosanta y á España, su querida patria. Y para que conste lo firman en

Barcelona á 6 de agosto de 1909.—*Dolores Olivella, Manuela Sanmartí, Cristina Gran Llonch, Montserrat Castellá, Trinidad Gasol, Pilar Soler, Manuela Vidal, Lucía Amigó de Ibero.*»—(Siguen las firmas.)

No hay plazo que no se cumpla.

En Madrid dicen que aguardan con mala cara y peor gesto al que vuelve de la Plata con más plata que un banquero; y cuentan que en cuanto sepa los vandálicos sucesos obrados en Barcelona por algunos de sus siervos fijará su residencia en un país extranjero para ahorrarse compromisos y acaso disgustos serios, mientras aquí sus vasallos, oriundos del Paralelo, responden ante la ley de los terribles sucesos que han sido al pie de la letra tomados de los consejos del que vuelve de la Plata con más plata que un banquero. ¿Cuándo aprenderán los hombres, cuándo llegarán los pueblos á conocer y apreciar á sus jefes y maestros mejor que por lo que dicen por sus callados intentos? ¿Cuándo sabrán distinguir al honrado del perverso, al que los quiere de veras ó al que los hace instrumento de ambiciones egoístas ó de malvados proyectos? Probablemente en su vida llegarán á conocerlos, porque tuvieron cuidado sus jefes y sus maestros de secar sus corazones y nublar su entendimiento apagando antes la luz de la fe que en sus cerebros hicieron arder sus madres entre oraciones y besos, y no olvidemos la máxima: «Pueblo sin fe, pueblo muerto.»



LO DE BARCELONA

Carísimo lector: Detén tu marcha
y mira esos escombros y esos males...

Tu razón lo dirá muy claramente:
¡«Pasaron por aquí los liberales!»

Los muertos resucitados

Se ocupó toda la Prensa del «partido de los muertos» que, gracias á Dios, disfruta de vida, salud y alientos, porque pensar que el carlismo lo han de matar cuatro memos á fuerza de disparates con la pluma y con el belfo es lo mismo que creer en promesas del Gobierno, que con humo y como el humo todas se las lleva el viento.

Por eso en cuanto un responso cantan sobre nuestros restos los liberales, al punto se les presentan los muertos diciendo con voz burlona: «Aquí estamos, caballeros, que á nosotros no hay quien pueda matarnos, si no es el Cielo.»

Y mientras ellos se entregan á la ley del pataleo, nosotros ríe que ríe y firmes en nuestros puestos y decididos á darles algunos disgustos serios; porque aun está por nacer nuestro matador postrero.

R.

nas que llevan á su apogeo la verdadera civilización.

El sepulcro de Jesucristo caía en poder de los mahometanos, cuyo pesado yugo oprimía á los infelices que, llenos de piedad, iban á visitar aquella cuna del cristianismo y de la verdadera libertad. Un pobre ermitaño, desposeído de aquellas altas cualidades que enaltecen á los genios y les comunican un reflejo de la majestad divina, recorre los pueblos cristianos refiriendo con palabra sencilla y ardorosa los padecimientos de sus hermanos de Palestina, y, á su voz, millares de hombres abandonan su patria y sus hogares y, con la espada en el cinto y la cruz en el pecho, vuelan á la Judea, llevando á cabo la gloriosa epopeya de las cruzadas.

Si de este modo pasamos en revista la Historia, veremos que todos los grandes acontecimientos que forman su trama gigantesca son debidos á la iniciativa y apostolado tenaz de algún hombre emprendedor y entusiasta. Y todos los trastornos y revoluciones que han hecho trepidar los imperios, abriendo en ellos caudalosos ríos de sangre y de infortunios, y las conquistas y descubrimientos que han ensanchado los horizontes de la ciencia y de la civilización, pasmando á la humanidad con los reflejos de su gloria, y las conmociones hondas y bienhechoras que han detenido á los pueblos en la rápida carrera que los llevaba al abismo oscuro de la duda y destrucción, todas estas portentosas empresas, buenas ó malas, disolventes ó benéficas, son debidas á la inteligencia y voluntad de un hombre; y cuando sucumben las naciones, y desaparecen las sociedades, y se desvanecen los partidos políticos, es debido, ó bien á los principios disolventes que los informan, ó á la carencia de un hombre que los detenga en el camino de su ruina, ó á ambas cosas á la vez. Por esto pereció Roma bajo la planta de los bárbaros; por esto sucumbió la gótica monarquía en las aguas del Guadalete.

La Comunión carlista existirá mientras existan la Patria y el catolicismo. Sus principios son inmortales y sólo desaparecería cuando el infierno prevaleciese contra la Iglesia, lo que es imposible, ó cuando se perdiese hasta el recuerdo de la gloriosa historia de España y las naciones que hablan nuestra lengua y conservan alguna de nuestras nobles tradiciones las arrebatare el torbellino de la revolución, sin dejar en la Historia el menor rastro de su pasado ser. Pero si la existencia de un partido depende principalmente de sus principios, el triunfo será más ó menos seguro, más ó menos próximo, conforme á la mayor ó menor actividad que sus afiliados empleen en predicar su doctrina, en aumentar el número de sus prosélitos y en realizar aquellos actos que le lleven á victoria cierta é inmediata. Exáminese cada partido político y se verá que, aparte de la influencia innegable de sus principios, su mayor ó menor prosperidad depende de la mayor ó menor actividad que pongan en propagarlo sus principales miembros. No hablemos de los partidos turnantes que sólo viven de las dulzuras del presupuesto; pero todo partido que tenga su arraigo en las masas, como el nuestro, cuando hay hombres generosos, decididos, entusiastas, que lo propaguen y organicen, crece de un modo extraordinario y si la traición no viene á destruir estos trabajos, puede esperarse triunfo seguro y relativamente próximo.

¿Por qué en determinadas regiones, en ciertos pueblos y ciudades el carlismo va constantemente en auge, mientras que en otras partes se encuentra estacionado? Se dirá que hay lugares de ambiente carlista en donde fácilmente prospera la semilla que en ellos se derrama, mientras que, por el contrario, en otros toda labor es estéril. Y, sin embargo, recórranse aquellas ciudades y regiones donde prospera nuestro credo y se verá que, sin el trabajo incesante de celosos propagadores, de carlistas entusiastas que de mil modos é incesantemente esparcen la semilla de nuestras salvadoras doctrinas y organizan con prudencia y decisión nuestras fuerzas en todos los terrenos, no admiráramos la pujanza que de día en día adquiere en ellas nuestra Comunión.

Hay carlistas tan decididos y entusiastas que lo mismo en la prosperidad que en el infortunio, lo mismo en el día del triunfo que después de la derrota, en todas partes, siempre que la ocasión se presenta, hacen profesión de su fe política y buscan sin cesar nuevos adeptos. Estos no necesitan otra cosa que ayuda y libertad. Otros son carlistas convencidos, pero pacíficos, capaces de todos los sacrificios siempre que una fuerza externa excite su sensibilidad y enfervorece sus entusiasmos dormidos. A éstos, más numerosos que los primeros, hay que excitarlos con actos públicos y vigorosa organización, y si esto falta son fuerzas perdidas que para nada sirven. Finalmente, hay multitud de gentes indiferentes ó enemigas porque nos desconocen, y que serían hermanos nuestros y pelearían á nuestro lado si conociesen nuestro programa y la luz de la verdad desvaneciese la nube de sus prejuicios. Pues bien; tan hermosos resultados se conseguirían con propaganda incesante por medio de mitines, de la Prensa, de la conversación, de los círculos, de una fuerte acción social y política.

Pero para todo esto necesitamos apóstoles. Y ¿qué es un apóstol? Un hombre que consagra toda su existencia, sus fuerzas físicas, intelectuales y morales, á la propagación y triunfo de la idea que su entendimiento y corazón han abrazado. Un hombre que se olvida de sí para buscar el bien de los demás. Un hombre á quien no detienen las dificultades, ni envanecen los triunfos, ni entibian las ingratitudes, ni desmayan los contra-tiempos.

¿Qué necesita un apóstol de nuestra causa? Lo primero *la gracia de Dios*. De Dios es nuestra causa,

por él principalmente combatimos y por ende todo carlista debe acudir en todas sus empresas al dador de todo bien para que bendiga y fecundice todas sus tareas. Después de esto, *actividad*. Actividad en todos los terrenos: en la propaganda, en la acción social, en la agrupación, en las cuestiones electorales, en prestar cuantos servicios y favores se puedan á cuantos lo soliciten y aun á veces sin solicitarlo. *Inteligencia*, reflexión para escogitar los medios más á propósito con objeto de conseguir el fin que se persigue, y por encima de todo *ABNEGACIÓN* sin límites. Abnegación de intereses materiales, pues el que desee enriquecerse con la política debe abandonar antes nuestras tiendas y sacrificar sus ideales ante el becerro de oro, ídolo de la sociedad contemporánea. Abnegación de gloria y reputación, pues, si bien es cierto que son tales los destellos de las eminencias de nuestra Comunión que rasgan las nubes amontonadas por la perfidia y el estudiado silencio y brillan con fulgor incomparable entre las celebridades de nuestros tiempos, para los que no llegamos á esas empinadas alturas nunca tendremos los aplausos y vítores con que elevan á medianías los portavoces del liberalismo. Abnegación sobre todo de nuestra propia personalidad. ¡Cuántas empresas se paralizan por el excesivo amor propio, por no querer ceder en un ápice al propio juicio! Esta es la causa de todas las divisiones y escisiones que han paralizado ó destruído las mejores combinaciones que eran fundada esperanza de próximo triunfo.

Carlistas, seamos apóstoles fervorosos, ardientes, de abnegación sin medida, y pronto conseguiremos ver plantada nuestra Bandera en el alcázar del poder, derramando su benéfica influencia sobre nuestra desventurada patria.

Hagámoslo así, y D. Carlos, desde el cielo, bendecirá nuestra obra.

SERRA Y SORIA.

La Ilustración Católica de España.

El último número de esta importante Revista publica el siguiente

SUMARIO.

TEXTO.

Recuerdos del Primer Centenario de la Venerable Madre Sacramento, Vizcondesa de Jorbalán, fundadora del Instituto de Religiosas Adoratrices, por José María Bueno Pardo. — Yo no sé qué decir, por H. J. — El Sínodo Diocesano. — La Paloma, por don J. L. C. — Bañerios de España: Archena. — La parroquia de Nuestra Señora de los Dolores. — ¡A perra grande el ramito! Cuento, por Marc Debról. — Anuncio.

FOTOGRAFADOS

La Excma. Sra. Duquesa de Montellano y su hija Palomita. — El señor Obispo de Madrid-Alcalá en el trono del Sínodo Diocesano. — Aspecto de la Asamblea. — El señor Obispo de Madrid-Alcalá en el acto de ser entonado el *Te Deum*. — La Virgen de la Paloma, de Madrid. — Interior de la iglesia de la Paloma. — Grupo de niñas expendedoras de *bouquets* en casa de los Duques de Montellano. — La Emperatriz Eugenia y la Duquesa de Santo Mauro. — La tómbola. — La familia real con la Duquesa de Montellano y la Marquesa de Comillas. — La escalera del palacio. — Grupo de invitados. — Tina di Lorenzo representando. — Parque del palacio de Montellano. — El teatro *nature*. — Habitaciones particulares de la Duquesa. — *Boudoir*. — Tocado. — Baño. — Chimenea de la alcoba. — Alcoba. — Comedor. — Sala de música. — Salón rojo. — Cuarto de juguetes de Palomita. — Alcoba de Palomita. — Salón Goya. — La Excma. señora Condesa de San Rafael, Presidenta de la Congregación de Nuestra Señora de la Paloma. — La iglesia actual. — La iglesia en construcción. — Estado de las obras. — Bañerío de Archena. — Entrada. — Comedor. — Vestíbulo. — Puerta de Moros y Fuente del Niño. — Clero de la Parroquia de Nuestra Señora de los Dolores. — La iglesia antigua y la nueva.

Dirección y Administración: calle del Nuncio, 10, Madrid.

Seamos apóstoles

El mundo gemía sumido en un diluvio de males, sin que se vislumbrara el menor rayo de esperanza que viniese á alumbrar aquella noche tenebrosa. Doce hombres, humildes, pobres, sin nombre, sin elocuencia, predicando una doctrina que el mismo Dios humanado les enseñara, ejerciendo toda clase de buenas obras, cambian la sociedad y hacen doblar la rodilla ante el cadalso de un injusticiado á los orgullosos quírites romanos y á los mismos *divinos* emperadores que antes recibían ufanos el incienso de la adulación y el culto de la más abyecta servidumbre. Aquellos doce pescadores, con el poder de su palabra fecundada con la gracia divina, truecan el mundo antiguo y de aquel horroroso caos hacen surgir multitud de naciones cristia-

FOGONAZOS

Don Angel Ossorio y Gallardo no vuelve.

¡Adiós, Gobernador!

Algún consuelo habíamos de tener entre tantos sufrimientos como hemos experimentado en esos pasados días.

Las kabilas de acá han sentido envidia de las de allá y también han querido realizar sus proezas.

En lo que han demostrado ser más africanos que los rifeños del Roghi.

Y, sobre todo, más criminales.

A cada cual lo suyo.

Y no por ser los moros enemigos de Cristo hemos de ponerlos por debajo de los moros de acá.

No, señores; la justicia ante todo.

Y ésta dice á grito pelado que los de allá están cien codos por encima de los de aquí en cuanto á cultura, ilustración y vergüenza.

Los concejales lerrouxistas de Barcelona votaron en contra de la proposición de protesta que por los últimos vandalismos presentaron los regionalistas.

Lo cual es un acto de sinceridad innegable.

¿Fueron tan sinceros algunos de la izquierda votando dicha proposición?

Mi testamento político

A los carlistas:

En el pleno uso de mis facultades, cuando mi vida, más larga en experiencia que en años, no parece todavía, según las probabilidades humanas, próxima á su fin, quiero dejaros consignados mis sentimientos á vosotros, mis fieles y queridos carlistas, que sois una parte de mí mismo.

Desde mi casa del destierro, pensando en mi muerte y en la vida de España, con la mente fija en el tiempo y en la eternidad, trazo estas líneas para que, más allá de la tumba, lleven mi voz á vuestros hogares y en ellos evoken la imagen del que tanto amasteis y tanto os amó.

Cuando se hagan públicas, habré ya comparecido ante la divina presencia del Supremo Juez. El, que escudriña los corazones, sabe que no las dicta solamente un sentimiento de natural orgullo. Inspiránlas el deber y el amor á España y á vosotros, que han sido siempre norte de mi vida.

Pareceríame ésta truncada si no os dejase un testamento político, condensando el fruto de mi experiencia, y que os pruebe que aun después de que mi corazón haya cesado de latir, mi alma permanece entre vosotros, solicita á vuestras necesidades, reconocida á vuestro cariño, celosa de vuestro bienestar; alma, en fin, de Padre amantísimo, como yo he querido ser siempre para vosotros.

Pago, además, una deuda de gratitud.

Sois mi familia, el ejemplo y el consuelo de toda mi vida, según he dicho en momentos solemnes. Vuestro heroísmo, vuestra constancia, vuestra abnegación, vuestra nobleza, me han servido de estímulo inmenso en los días de lucha y de prosperidad, y de fortísimo sostén en las amarguras, en los sufrimientos, en la terrible inacción, la más dura de todas las cruces, la única que ha quebrantado mis hombros en mi vida de combate.

No puedo corresponder de otra manera á todo lo que os debo que tratando de dejaros en estos renglones lo mejor de mi espíritu.

En mi testamento privado consigno la ferviente declaración de mi fe católica. Quiero aquí repetirla y confirmarla á la faz del mundo.

Sólo á Dios es dado conocer qué circunstancias rodearán mi muerte. Pero sorpréndame en el Trono de mis mayores, ó en el campo de batalla, ó en el ostracismo, víctima de la revolución, á la que declaré guerra implacable, espero poder exhalar mi último aliento besando un Crucifijo, y pido al Redentor del mundo que acepte esta vida mía, que á España he consagrado, como holocausto para la redención de España.

Con verdad os declaro que en toda mi existencia, desde que en la infancia alborearon en mí los primeros destellos de la razón, hasta ahora, que he llegado á la madurez de la virilidad, siempre hice todo según lealmente lo entendí y jamás dejé por hacer nada que creyese útil á nuestra Patria y á la gran Causa que durante tanto tiempo me cupo la honra de acaudillar.

Volveré, os dije en Valcarlos, aquel amargo día, memorable entre los más memorables de mi vida. Y aquella promesa, brotada de lo más hondo de mi ser, con fe, convicción y entusiasmo inquebrantables, sigo esperando firmemente que ha de cumplirse. Pero si Dios, en sus inexcrutables designios, tuviese decidido lo contrario, si mis ojos no han de ver más ese cielo que me hace encontrar pálidos todos los otros, si he de morir lejos de esa tierra bendita cuya nostalgia me acompaña por todas partes, aun así no sería una palabra vana aquel grito de mi corazón.

Si España es sanable, á ella volveré, aunque haya muerto.

Volveré con mis principios, únicos que pueden devolverle su grandeza; volveré con mi Bandera, que no rendí jamás y que he tenido el honor y la dicha de conservar sin una sola mancha, negándome á toda componenda para que vosotros podáis tremolarla muy alta.

La vida de un hombre es apenas un día en la vida de las naciones.

Nada habría podido mi esfuerzo personal si vuestro concurso no me hubiera ayudado á crear esa vigorosa juventud, creyente y patriótica, que ya veo preparada á recoger nuestra herencia y á proseguir nuestra misión. Si en mi carrera por el mundo he logrado reservar para España esa esperanza de gloria, muero satisfecho, y cumplo decir con legítimo orgullo que en el destierro, en la desgracia, en la persecución, he gobernado á mi Patria más propiamente que los que se han ido pasando las riendas del Poder.

Gobernar no es transigir, como vergonzosamente creían y practicaban los adversarios políticos que me han hecho frente con las apariencias materiales del triunfo. Gobernar es resistir, á la manera que la cabeza resiste á las pasiones en el hombre bien equilibrado. Sin mi resistencia y la vuestra, ¿qué dique hubieran podido oponer al torrente revolucionario los falsos hombres de gobierno que, en mis tiempos, se han sucedido en España? Lo que del naufragio se ha salvado, lo salvamos nosotros, que no ellos; lo salvamos contra su voluntad y á costa de nuestras energías.

¡Adelante, mis queridos carlistas! ¡Adelante, por Dios y por España! Sea ésta vuestra divisa en el combate, como fué siempre la mía, y los que hayamos caído en el combate imploraremos de Dios nuevas fuerzas para que no desmayéis.

Mantened intacta vuestra fe, y el culto á nuestras tradiciones, y el amor á nuestra Bandera. Mi hijo, Jaime, ó el que en derecho, y sabiendo lo que ese derecho significa y exige, me suceda, continuará mi obra. Y aun así, si, apuradas todas las amarguras, la dinastía legítima que os ha servido de faro providencial estuviera llamada á extinguirse, la dinastía vuestra, la dinastía de mis admirables carlistas, los españoles por excelencia, no se extinguirá jamás. Vosotros podréis salvar á la Patria, como la salvasteis con el Rey á la cabeza, de las hordas mahometanas, y, huérfanos de monarca, de las legiones napoleónicas. Antepasados de los voluntarios de Alpens y de Lácár eran los que vencieron en las Navas y en Bailén. Unos y otros llevaban la misma fe en el alma y el mismo grito de guerra en los labios.

Mis sacrificios y los vuestros para formar esta gran familia española, que constituye como la guardia de honor del santuario donde se custodian nuestras tradiciones venerandas, no son, no pueden ser estériles. Dios mismo, el Dios de nuestros mayores, nos ha empeñado una tácita

promesa al darnos la fuerza sobrehumana para obrar este verdadero prodigio de los tiempos modernos manteniendo purísimos, en medio de los embates desenfundados de la revolución victoriosa, los elementos vivos y fecundos de nuestra raza, como el caudal de un río cristalino que corriera apretado y compacto por en medio del Océano, sin que las olas del mar consiguieran amargar sus aguas.

Nadie más combatido, nadie más calumniado, nadie blanco de mayores injusticias que los carlistas y yo. Para que ninguna contradicción nos faltase, hasta hemos visto con frecuencia revolverse contra nosotros aquellos que tenían interés en ayudarnos y deber de defendernos.

Pero las ingratitudes no nos han desalentado. Obreros de lo porvenir, trabajábamos para la historia, no para el medro personal de nadie. Poco nos importaban los desdenes de la hora presente, si el grano de arena que cada uno llevaba para la obra común podía convertirse mañana en base monolítica para la grandeza de la Patria. Por eso mi muerte será un duelo de familia para todos vosotros, pero no un desastre.

Mucho me habéis querido, tanto como yo á vosotros, y más no cabe. Sé que me lloraréis como tiernísimos hijos; pero conozco el temple de vuestras almas y sé también que el dolor de perderme será un estímulo más para que honréis mi memoria sirviendo á nuestra Causa.

Nuestra Monarquía es superior á las personas. El Rey no muere. Aunque dejéis de verme á vuestra cabeza, seguiréis, como en mi tiempo, aclamando al Rey legítimo, tradicional y español, y defendiendo los principios fundamentales de nuestro programa.

Consignados los tenéis en todos mis manifiestos. Son los que he venido sosteniendo y proclamando desde la abdicación de mi amadísimo Padre (q. e. g. e.) en 1868.

Planteados desde las alturas del Poder por un Rey de verdad, que cuente por colaboradores al soldado español, el primero del mundo, y á ese pueblo de gigantes, grande cual ninguno por su fe, su arrojo, su desprecio á la muerte y á todos los bienes materiales, pueden en brevísimo tiempo realizar mi política, que aspiraba á resucitar la vieja España de los Reyes Católicos y de Carlos V.

Gibraltar español, unión con Portugal, Marruecos para España, confederación con nuestras antiguas colonias, es decir, integridad, honor y grandeza; he aquí el legado que, por medios justos, yo aspiraba á dejar á mi Patria.

Si muero sin conseguirlo, no olvidéis vosotros que esa es la meta y que para tocarla es indispensable sacudir más allá de nuestras fronteras las instituciones importadas de países que ni sienten, ni razonan, ni quieren como nosotros, y restaurar las instituciones tradicionales de nuestra historia, sin las cuales el cuerpo de la nación es cuerpo sin alma.

Respecto á los procedimientos y las formas, á todo lo que es contingente y externo, las circunstancias y las exigencias de la época indicarán las modificaciones necesarias, pero sin poner mano en los principios esenciales.

Aunque España ha sido el culto de mi vida, no quise ni pude olvidar que mi nacimiento me imponía deberes hacia Francia, cuna de mi familia. Por eso allí mantuve intactos los derechos que como á Jefe y Primogénito de mi Casa me corresponden.

Encargo á mis sucesores que no los abandonen, como protesta del derecho y en interés de aquella extraviada cuanto noble Nación, al mismo tiempo que de la idea latina, que espero llamada á retoñar en siglos posteriores.

Quiero también dejar aquí consignada mi gratitud á la corta, pero escogida falange de legitimistas franceses que, desde la muerte de Enrique V, vi agrupados en torno de mi Padre, y luego de mí mismo, fieles á su Bandera y al derecho sálico.

A la par que á ellos doy gracias, desde el fondo del alma, á los muchos hijos de la caballerisca Francia que con su conducta hacia mí y los míos protestaron siempre de las injusticias de que era víctima, entre ellos, el nieto de Enrique IV y Luis XIV, constándome que los actos hostiles de los Gobiernos revolucionarios franceses, inspirados con frecuencia por los mayores enemigos de nuestra raza, no respondían al sentimiento nacional francés.

Recuerden, sin embargo, los que me sucedan que nuestro primogénito corresponde á España, la cual, para merecerlo, ha prodigado ríos de sangre y tesoros de amor.

Mi postrer saludo en la tierra será á esa sagrada Bandera amarilla y roja, y si Dios, en su infinita misericordia, tiene piedad, como espero, de mi alma, me permitirá desde el Cielo ver triunfar, á la sombra de esa enseña gloriosa, los ideales de toda mi vida.

Y á vosotros, que con tanto tesón los defendísteis al lado mío, alcanzará también mi supremo adiós. A todos os tendré presente y de todos quisiera hacer aquí mención expresa. Pero ¿cómo es posible cuando formáis un pueblo innumerable?

Inmenso es mi agradecimiento á los vivos y á los muertos de nuestra Causa. Para probarlo y perpetuar su memoria instituí la fiesta nacional de nuestros Mártires. Continuada religiosamente los que hayáis de sobrevivirme. Congregáos, para estímulo y aliento recíprocos y en testimonio de gratitud á los que os precedieron en la senda

del honor, el día 10 de marzo de cada año, aniversario de la muerte de aquel piadoso y ejemplarísimo Abuelo mío, que, con no menos razón que los primeros caudillos coronados de la Reconquista, tiene derecho á figurar en el catálogo de los Reyes genuinamente españoles.

Pero si no me es posible nombrar á todos, uno por uno, á todos os llevo en el corazón, y entre todos escojo para bendecirlo, como Padre y como Rey, al que se honró hasta ahora con el título de primero de mis súbditos, á mi amado hijo Jaime.

Dios, que le ha designado para sucederme, le dará las luces y las fuerzas necesarias para capitanearos. No necesito recordarle que si en vosotros, los carlistas de siempre, hallará una especie de aristocracia moral, todos los españoles, por el mero hecho de serlo, tienen derecho á su solicitud y á su cariño. Nunca me decidí á considerar como enemigo á ningún hijo de la tierra española, pero es cierto que entre ellos muchos me combatieron como adversarios. Sepan que á ninguno odié y que para mí no fuerón otra cosa que hijos extraviados, los unos por errores de educación, los otros por invencible ignorancia, los más por la fuerza de irresistibles tentaciones ó por deletéreas influencias del ambiente en que nacieron. Una de las faltas que me han encontrado más inflexible es la cometida por los que ponían obstáculos á su aproximación á nosotros. Encargo á mi hijo Jaime que persevere en mi política de olvido y de perdón para los hombres. No tema extemarla nunca demasiado, con tal de que mantengan la salvadora intransigencia en los principios.

Encárgole igualmente que no olvide cuán ligado se halla por mis solemnes juramentos á respetar y defender las franquicias tradicionales de nuestros pueblos. En las importantes juras de Guernica y Villafranca entendí empeñarme, en presencia de Dios y á la faz de los hombres, por mí y por todos los míos.

El mismo sagrado compromiso hubiera contraído en cada una de las regiones de la Patria española, una é indivisible, según ofrecí á Cataluña, Aragón y Valencia, si materialmente me hubiese sido posible. De esta suerte, identificados y confundidos en todos los españoles dignos de este nombre, su deber de vasallos leales con su dignidad de ciudadanos libres, compenetrados en mí la potestad Real y el alto magisterio de primer custodio de las libertades patrias, he podido creer, y puedo afirmar con toda verdad, que donde quiera que me hallapa llevase conmigo la Covadonga de la España moderna.

Y ya que al nombrar como el primero de vosotros al Príncipe de Asturias reuno en un mismo sentimiento de ternura á mi familia por la sangre con mi familia por el corazón, no quiero despedirme de vosotros sin estampar aquí los nombres de los dos ángeles buenos de mi vida: mi Madre amadísima y mi amadísima María Berta. A las enseñanzas de la una y á los consuelos de la otra debo lo que nunca podré pagar. La primera, inculcándome desde la infancia los principios sólidamente cristianos, que sacaba del fondo de su alma, me dejó trazado el camino recto del deber. La segunda, sosteniéndome en mis amarguras, me dió fuerzas para recorrerlo con pie firme, sin tropezar en las asperezas que al paso encontraba.

Esculpid en vuestros corazones y enseñad á los balbucientes labios de vuestros hijos esos dos nombres benditos: María Beatriz, María Berta. Y cuando vosotros, que tenéis la dicha también de vivir entre las admirables mujeres españolas, os sintáis confortados por una madre, por una hija, por una hermana, por una esposa, al asomarse al espejo de sus almas y ver en ella reflejadas las virtudes del Cielo, acordaos que esos son reflejos también de estas dos almas privilegiadas, que han iluminado el desierto de mi vida.

Os dejo ya, hijos de mi predilección, compañeros de mis combates, copartícipes de mis alegrías y de mis dolores.

No me lloréis. En vez de lágrimas dadme oraciones. Pedid á Dios por mi alma y por España, y pensad que al tiempo mismo que vosotros oráis por mí, yo estaré con la gracia del Salvador del mundo invocando á la Virgen María, á Santiago nuestro Patrón, á San Luis y San Fernando, mis celestiales protectores, suplicándoles con la antigua fe española, que en mí se fortaleció en Jerusalén, al pie del sepulcro de Cristo, para que en la tierra se os premie como lo que sois, como cruzados y como mártires.

Antes de cerrar este mi Testamento político, y deseando que el presente original, escrito todo de mi puño y letra, quede primero en poder de mi viuda, y faltando ésta pase á mis legítimos sucesores, saco dos copias, una literal en castellano, otra en francés, para que se comuniquen á la Prensa de España y de Francia inmediatamente después que se hayan cerrado mis ojos.

Hecho en mi residencia del Palacio Loredán, Campo San Vío, en Venecia, el día de Reyes del año de gracia de mil ochocientos noventa y siete.

Sellado con mi sello Real. Consta de seis pliegos, que forman veinticuatro páginas, numeradas por mí.—Carlos.

Es copia exacta de mi testamento político y consta de cinco páginas. Está destinada á la Prensa española.

Carlos.



LO DE BARCELONA

—Esto será un instrumento de tortura...

—Y esto, no hay duda, era para recoger la sangre de las víctimas.